

CAPÍTULO XVI

Padre é hija

Cinco minutos después, el caballero San Felice y Luisa estaban á la puerta del palacio Roger situado al extremo opuesto de la ciudad.

El príncipe no recibía á nadie. Á los primeros síntomas de su dolencia, so pretexto de arreglar ciertos asuntos, había enviado á Nápoles á su mujer y á sus hijos.

¿ Quería evitarles el espectáculo de su muerte, ó bien morir entre los brazos de aquella de quien había estado separado toda su vida?

Si alguna duda pudiera quedarnos respecto á este punto, la carta del príncipe Caramanico al caballero San Felice bastaría para disiparla.

El portero, cumplimentando la consigna que había recibido, negó la entrada á los recién llegados; pero apenas pronunciaron sus nombres San Felice y Luisa, uando al ayuda de cámara del virrey lanzó una exclamación de alegría y echó á correr hacia la habitación del príncipe exclamando :

— ¡ Mi príncipe, mi príncipe, aquí están ya... ¡ son ellos!

Al oír esto, el príncipe, que desde hacía tres días no había abandonado su otomana, y al cual tenían los sirvientes que incorporar, suspendiéndole por debajo de los brazos, para que tomase las bebidas calmantes que adormecían sus dolores, se puso en pie diciendo :

— ¡ Gracias, Dios mío ! ¡ ya sabía yo que recompensarías mis penalidades permitiéndome verlos antes de morir!

San Felice y Luisa aparecieron bajo el dintel de la puerta; Caramanico abrió los brazos. Como sobre el corazón del moribundo no había sitio más que para uno, el caballero empujó dulcemente á Luisa diciéndole :

— Anda, hija mía, ve á ocupar tu puesto.

— ¡ Padre ! ¡ padre de mi alma ! exclamó Luisa arrojándose en sus brazos.

— ¡ Ah ! ¡ qué hermosa está ! murmuró el moribundo estrechándola contra su pecho. Has cumplido religiosamente la promesa que me hiciste, amigo mío... ¡ Que el Cielo te bendiga como yo te bendigo !

Y, mientras con una mano estrechaba á Luisa contra su corazón, alargó la otra al caballero.

Luisa y San Felice prorrumpieron en sollozos.

— ¡ Oh ! no lloréis, no lloréis ; les dijo el príncipe

con inefable sonrisa. Este día es para mí un día de fiesta. ¡Necesario era que tuviese lugar algún extraordinario acontecimiento como el que va á cumplirse para que volviésemos á vernos en este mundo! ¿Quién sabe si la muerte nos separará menos que la ausencia? La ausencia es un hecho conocido; la muerte es un misterio. ¡Abrázame, hija de mi alma, una vez, veinte, ciento, mil! Dame un abrazo por cada una de las interminables horas que han transcurrido desde hace catorce años. ¡Qué hermosa eres! ¡y cuánto agradezco á Dios el haberme permitido bajar al sepulcro llevando tu imagen grabada en mi corazón!

Y, con una energía impropia de su débil estado, apretaba á su hija contra su pecho, como si hubiese querido introducirla materialmente en su corazón.

Luego, dirigiéndose al ayuda de cámara que presenciaba la escena desde la puerta:

— ¡No dejes pasar á nadie! le dijo. ¿Oyes bien, Giovanni? ¡á nadie! ni al médico, ni al sacerdote... Sólo la muerte tiene ya derecho de entrar aquí.

Abrumado por el supremo esfuerzo que acababa de hacer, el príncipe cayó de nuevo en la otomana como una masa inerte; su hija se arrodilló ante él, su amigo se colocó á su lado.

Caramanico volvió lentamente la cabeza hacia

San Felice, y le dijo con voz desfalleciente, mientras Luisa se deshacía en lágrimas:

— Me han envenenado, amigo mío, y lo que me admira no es que lo hayan hecho, sino que hayan respetado mi vida tanto tiempo. ¡Dios se lo pague, porque de ese modo he podido aprovechar los tres años que me han dejado aquí para hacer algún bien á esta desventurada isla! ¡Dios se lo pague, porque, si hoy muero, dos millones de almas sentirán mi muerte, dos millones de bocas rogarán por mí!

Después, volviéndose hacia su hija, que le miraba como si tratase de evocar sus recuerdos de niña:

— ¡Oh! tú no me recuerdas, pobre hija mía, le dijo; y aunque me recordaras, tal es el estrago que el dolor ha hecho en mis facciones, que no podrías reconocerme.

Hace quince días, San Felice, era casi joven, á pesar de mis cuarenta y ocho años; pero en estos quince días he envejecido medio siglo... ¡Hora es, pues, de que mueras, centenario!

Luego, apoyando la mano sobre la frente de Luisa y mirándola de hito en hito:

— ¡Pero yo sí te reconozco! añadió; reconozco tus hermosos cabellos rubios y tus grandes ojos negros! ¡Tú no has cambiado, y eres tan bella y tan adorable como lo eras cuando niña! La última vez

que la vi, San Felice, iba á separarme de ella por mucho tiempo, tal vez para siempre, y la pobrecilla se echó á llorar como hace poco; pero como en aquella época tenía alguna esperanza, la cogí en mis brazos y le dije: « No llores, hija mía, que me causa pena verte llorar. » Y entonces ella, sonriéndome á través de sus lágrimas: « ¡ No te apesadumbres, papá, que ya no lloro ! » me respondió. ¡ Oh ! un ángel del cielo no sería más dulce ni más cariñoso !...

Y el moribundo apoyó sus labios sobre la frente de la joven, y gruesas lágrimas corrieron silenciosas por los cabellos que besaba.

— ¡ Padre ! ¡ padre mio ! murmuró Luisa ; hoy no podré hacer lo que entonces, hoy no podré sonreiros, porque el dolor no me lo permite... ¡ Oh ! Dios mío, ¿ no hay ninguna esperanza de salvarle ?

— Actón es un hábil químico, dijo el príncipe, tan hábil como lo fué su padre y maestro.

Y dirigiéndose á San Felice :

— Dispénsame, Luciano, añadió : siento que la muerte se acerca, y quisiera permanecer un instante á solas con mi hija ; no tengas celos, no te pido más que algunos minutos, y te la he dejado catorce años... ¡ Catorce años !... ¡ Qué feliz hubiera podido

ser durante ese tiempo ! ¡ Oh ! ¡ cuán insensato es el hombre !

Enternecido el caballero al ver que el príncipe se acordaba de su nombre de pila, de aquel nombre que siempre le daba en el colegio, estrechó la mano que le tendía su amigo y salió pausadamente de la habitación.

El príncipe le siguió con la vista hasta que traspuso la puerta.

— Henos aquí solos, Luisa mía, le dijo entonces. Hablemos de tu porvenir. Tu futuro bienestar material no me inquieta, porque sobre este punto he tomado las necesarias precauciones ; pero no me sucede lo mismo respecto á tu felicidad... Vamos á ver, hija mía : olvida por un momento que soy para tí casi un extraño, olvida que hemos vivido lejos uno de otro por espacio de tanto tiempo ; figúrate que has crecido cerca de mí, que has llegado á contraer la dulce costumbre de confiarme todos tus secretos, de mirarme como á tu mejor amigo ; figúratele, hija mía, y respóndeme : ¿ Nada tienes que decirme en esta hora suprema ?

— Nada más que esto, padre mío : al venir á palacio, encontramos á un hombre del pueblo que se arrodillaba á la puerta de una iglesia, donde rogaban por vos, y que unía esta plegaria á la plegaria

universal: « ¡ Santa Madre de Dios ! ¡ si la vida de un pobre pecador como yo puede rescatar la de nuestro amado virrey, ofrécesela á tu Divino Hijo ! » Lo que aquel buen hombre decía á la *Madona*, eso digo yo á Dios, y eso es todo cuanto puedo deciros, padre mío.

— ¡ El sacrificio sería demasiado grande ! respondió el príncipe, moviendo dulcemente la cabeza. Bien ó mal, yo he recorrido el camino de mi vida ; tú debes recorrer el de la tuya, y si te pido que me abras tu corazón, es para que le recorras lo más felizmente posible.

— ¡ Pero yo no tengo secretos ! repuso la joven mirando al príncipe con sus grandes y límpidos ojos, en los cuales había cierta expresión de extrañeza.

— Di, Luisa, ¿ no cuentas ya diez y nueve años ?

— Sí, padre mío.

— ¿ Y has llegado á esa edad sin haber amado á nadie ?

— Os amo á vos, padre mío ; amo á San Felice que ha sido para mí un segundo padre ; el círculo de mis afecciones no se extiende más allá.

— No me comprendes, Luisa, ó aparentas no comprenderme. Quiero decirte que si entre los jóvenes que has visto en casa de San Felice ó en otra parte, no hay alguno que haya merecido fijar tu atención.

— Nunca salíamos de casa, padre mío, y en la de mi tutor no he visto más que á Miguel, mi hermano de leche, que iba todas las quincenas á buscar la modesta pensión que yo daba á su madre.

¿ De modo que no sientes amor por nadie ?... ¿ lo que se llama amor ?

— Por nadie, padre mío.

— ¿ Y has vivido hasta hoy contenta y dichosa ?

— ¡ Oh ! ¡ muy dichosa !

— ¿ Y no desearías nada más ?

— Nada más que teneros á mi lado.

— ¿ Y sería para ti suficiente felicidad vivir de igual manera que has vivido hasta ahora ?

— Sin duda, y si algo pidiera á Dios sería que me llevase al cielo por un camino semejante. ¡ Es tan bueno San Felice !

— ¡ Oh ! tan bueno, Luisa, que tú misma no sabes hasta dónde llega su bondad.

— Si no temiera ofenderos, padre mío, diría que es el mejor de cuantos hombres conozco, el más tierno, el más propenso á la abnegación y al sacrificio. Y esto no soy yo sola quien lo dice, lo dice todo el mundo ; sólo él ignora lo que vale, y esa ignorancia es una de sus virtudes.

— Escucha, Luisa ; desde hace algunos días, desde que no pienso más que en dos cosas, en ti y en la

muerte, acaricio una esperanza... ¿sabes cuál? que atravesaras por este mundo malvado y corrompido sin mezclarte con los seres que le habitan. Respóndeme á lo que voy á preguntarte, porque no tenemos tiempo que perder; pero respóndeme con la mano sobre tu corazón: ¿tendrías alguna repugnancia en ser la esposa de San Felice?

La joven se estremeció y miró á su padre fijamente.

—¿No me has oído? añadió el príncipe.

—Sí, padre mío; pero; estaba tan lejos de mi pensamiento la pregunta que acabáis de hacerme!...

—¡Bien, Luisa mía, no hablemos más de ello! dijo el moribundo, figurándose que la respuesta de su hija era una negativa disfrazada. Conozco que soy un egoísta y que te lo decía, más bien que por tí, por mi propia tranquilidad. Pero; ¿qué quieres? cuando la muerte se acerca, le asaltan á uno extrañas inquietudes que se aumentan volviendo los ojos hacia el pasado. Confiándote á una inteligencia tan superior, á un corazón tan noble, hubiera muerto tranquilo y seguro de tu felicidad... No puede ser... doblemos la hoja y llamémosle... ¡Luciano!

Luisa estrechó la mano de su padre, como para impedirle que pronunciase por segunda vez el nombre del caballero.

El príncipe la miró.

— Pero aún no os he respondido, padre mío, le dijo.

— Entonces, respóndeme... ¡Oh! respóndeme, porque no hay tiempo que perder.

— Padre mío, añadió Luisa: yo no amo á nadie; pero aunque así no fuera, un deseo vuestro en semejantes circunstancias sería para mí una orden.

— ¡Reflexiónalo bien! repuso el príncipe con marcada expresión de alegría.

— ¡Lo he reflexionado, padre mío! añadió la joven, cuya firmeza parecía aumentarse con la solemnidad de la situación.

— ¡Luciano! exclamó el príncipe.

San Felice apareció en la puerta.

— ¡Ven, amigo mío, ven!... Luisa consiente.

La joven tendió la mano al caballero.

— ¿Y en qué consientes, Luisa? preguntó San Felice con su voz dulce y cariñosa.

— Mi padre, amigo mío, dice que moriría dichoso si le prometiéramos casarnos. Por mi parte, yo se lo he prometido.

Si Luisa estaba poco preparada á semejante proposición, el caballero lo estaba menos todavía; así es que miró alternativamente al príncipe y á su pupila, y en seguida exclamó:

— ¡Pero eso no es posible!

Sin embargo, la mirada con que en aquel momento envolvía á Luisa dejaba comprender claramente que la imposibilidad no vendría de su parte.

— ¡Que no es posible! ¿y por qué? preguntó Caramanico.

— ¡Pero tú no tienes ojos! ¡Ella, entrando por las puertas de la vida en toda la flor de la juventud, ella, que aun no conoce el amor, pero que aspira á conocerle, y yo!... ¡yo, con mis cuarenta y ocho años, mis cabellos grises, y mi cabeza inclinada por el estudio!... Ya ves que no es posible, Giuseppe.

— Ella misma acaba de decirme que no ama en el mundo sino á nosotros dos.

— Razón de más. Nosotros dos, completándonos uno á otro, hemos sido su padre, tú por la sangre, yo por la educación; ¿pero crees que ese amor será para ella suficiente? No; la juventud necesita la primavera; los botones brotan en Marzo, las flores se abren en Abril, las bodas de la naturaleza se celebran en Mayo; el jardinero que pretendiese cambiar el orden de las estaciones sería, no solamente un insensato, sino también un impío.

— ¡Oh! ¡mi última esperanza desvanecida! murmuró el príncipe.

— Ya veis, padre mío, dijo Luisa, que es él quien rehusa.

— Sí, yo; pero es mi razón la que rehusa, no mi corazón. ¿Puede el invierno rechazar un rayo de sol primaveral? Si fuese un egoísta, me apresuraría á responder: «Acepto.» Y te arrebataría en mis brazos lejos del mundo, como aquellas raptoras divinidades de la antigüedad arrebataban á las ninfas; pero tú sabes que el mismo Plutón, con ser dios, no pudo ofrecer por dote á la hija de Ceres sino una noche eterna, en la cual habría muerto de tristeza y de aburrimiento si su madre no le hubiese dado seis meses de luz. No pienses más en ello, Caramanico; creyendo hacer la felicidad de tu hija y de tu amigo, no harías sino sumergir en duelo dos corazones.

— ¡Eso es que me amaba como á una hija, y no me quiere por mujer! dijo Luisa. Y sin embargo, yo le amaba como á un padre, y no tenía inconveniente en aceptarle por esposo.

— ¡Bendita seas, hija mía! exclamó el príncipe.

— Y yo, Giuseppe, repuso el caballero, ¿quedo excluido de la bendición paternal? ¡Cómo! ¿es posible que tú, continuó encogiéndose de hombros, tú, que has conocido todas las pasiones, te engañes

de esa manera sobre ese gran misterio que se llama la vida?

— ¡Ay! precisamente porque las he conocido, exclamó el moribundo, porque he probado esos frutos del lago Asfaltites y porque sé que están llenos de ceniza, es por lo que deseaba para mi hija una vida apacible, tranquila y sin pasiones, una vida semejante á la que hasta hoy ha tenido y en la cual ha sido feliz. ¿No me has dicho tú misma que has sido dichosa?

— ¡Oh! sí, muy dichosa, padre mío.

— ¿Lo oyes, Luciano?

El caballero ciñó con su brazo la cabeza de Luisa, aproximó sus labios á la frente de la joven, y depositó en ella el beso paternal que le daba todas las mañanas.

— Pongo á Dios por testigo, exclamó, que yo también he sido muy feliz; y el Cielo sabe que el día en que Luisa me abandone para seguir á un marido, ese día me abandonará cuanto amo en el mundo, y se romperán los lazos que me sujetan á la vida; ¡ese día, amigo mío, me envolveré en el sudario para esperar que me bajen al sepulcro!

— ¿Entonces?... murmuró el príncipe.

— ¿Por qué no acepto? prosiguió San Felice con dolorosa entonación; ¡porque, te lo repito, ella

amará y no seré yo á quien ame, Giuseppe! Dime, ¿no vale más que ame soltera y libre, que siendo esposa y estando encadenada por el deber? Libre, echará á volar como el ave que responde al amante arrullo; y ¿qué le importa al pájaro que tiende su vuelo que la rama en que se posaba tiemble, se marchite y muera después de su partida?

Luego, con una expresión de melancolía, propia de aquella naturaleza poética:

— ¡Si al menos, añadió, volviese el ave á hacer su nido sobre la rama abandonada, tal vez reverdecería!

— ¡Pues bien, en ese caso, dijo Luisa, como yo no quiero desobedecer á mi padre, no me casaré jamás!

— ¡Pobre y estéril retoño del árbol abatido por la tormenta, exclamó el príncipe, agóstate y perece con él!

É inclinó la cabeza sobre el pecho, y de sus ojos brotó una lágrima que fué á caer sobre las manos de Luisa. La joven mostró silenciosamente aquella lágrima al caballero.

— Puesto que entrambos lo queréis, dijo San Felice, consiento al fin en ese proyecto, en ese proyecto que es á la vez la cosa que más temo y deseo en este mundo; pero pongo una condición.

— ¿Cuál? preguntó el príncipe.

— Que no tendrá lugar el casamiento sino dentro de un año. Durante ese plazo, Luisa frecuentará la sociedad, conocerá el mundo, conocerá la juventud de Nápoles que hoy no conoce. Si dentro de un año no ha entregado su corazón á ninguno de los jóvenes que haya visto; si entonces se halla tan dispuesta como hoy á renunciar al mundo; si entonces viene y me dice: « ¡Sé mi esposo, amigo mío, en nombre de mi padre! » ninguna objeción tendré que hacer y quedaré, si no convicto, vencido al menos por la prueba.

— ¡Oh! ¡gracias, amigo mío! exclamó el príncipe estrechándole ambas manos.

— Pero escucha, Giuseppe, lo que me queda que decirte, y sé el testigo solemne del compromiso que contraigo, su vengador implacable si faltó á él. Creo en la pureza, en la castidad y en la virtud de esta niña, como creo en la de los ángeles del cielo; sin embargo, es mujer y puede delinquir.

— ¡Oh! murmuró Luisa, cubriéndose el rostro con las manos.

— Puede delinquir, insistió San Felice. Si tal sucediera, si tuviera lugar semejante desgracia, yo te prometo, hermano mío, yo te juro sobre ese crucifijo, símbolo de toda abnegación, ante el cual van

á unirse nuestras manos, que no tendré para la falta sino perdón y misericordia, y que respecto á la pobre pecadora repetiré las palabras de nuestro Divino Salvador á los que le pedían el castigo de la mujer adúltera: « *Que aquel que no haya pecado le arroje la primera piedra!* » Tu mano, Luisa.

La joven obedeció. El príncipe les presentó el crucifijo.

— Caramanico, añadió San Felice extendiendo su mano y la de Luisa hacia la imagen del Crucificado: te juro unirme á Luisa dentro de un año; te juro que será mi mujer, si entonces piensa de igual manera que hoy. Tienes mi juramento, amigo mío, puedes morir tranquilo.

Y en efecto: en la noche siguiente, esto es, en la noche del 14 al 15 de Diciembre de 1795, el príncipe Caramanico expiró con la sonrisa en los labios, teniendo unidas entre las suyas las manos de Luisa y San Felice.